

ACADEMIA DE MATEMATICA

dirigida por

RAFAEL ANGEL LLUBERE

PROFESOR DE ESTADO

Especialidad en la enseñanza moderna del Algebra, Geometría, Trigonometría, Algebra Superior y Cálculo Infinitesimal.

Barrio Aranjuez

Teléfono 3963

Dr. E. García Carrillo

Especialista en enfermedades

CARDIO - VASCULARES

(Registro del Colegio de Médicos)

METABOLISMO BASAL

VÁRICES

175 vs. al Sur de la Plaza de Artillería

da corazón, sino también otra rara verdad, la primavera no la es para todos los mortales.

Finalmente su amor humano era amor genial.

Tolstoi existía, existía con plenitud.

¡Existía! ¡Existía! Acá está el problema del todo.

Existía o lo que es lo mismo sentía. Sentía con todas las fuerzas de la existencia que por el hecho de sentir existe y es.

El amor de Tolstoi era una Nueva Sinfonía que apenas anidaba en algunos corazones y que al mismo tiempo, se separaba de casi la totalidad de esta humanidad que muere sin sentir la alegría de ser, sin morir lo que debe existir, sin sentir lo que se debe sentir para que al fin sea y viva.

El amor, el amor de Tolstoi nos separa de la humanidad.

Amar es buscar lo mejor de los demás. Si encontramos ese algo mejor es porque un corazón se abre a nuestro toque y súplica. Será porque un corazón nos ha dado parte de su intimidad.

Nos ha dado igual a hemos encontrado.

Conocer a la humanidad es dejar de amarla. Sólo podemos amar en particular ya que no existe un común denominador de totales valores sublimes y hermosos que «arrebañe» a toda la humanidad.

El mismo Tolstoi amaba en particular. Amaba en particular porque ese amor tenía que florecer en una totalidad imposible. ¡Quién-le sentiría y le amaría! ¡Quién preludiaría una melodía acorde a su propio canto!

Solamente un ser, una existencia, un sentir que fuese su propio sentir, un alma abierta a su franqueza, a su entrañable bondad y cristalina faz.

Solamente un corazón que tuviese su mismo grado de corazón.

Tolstoi deseaba ardientemente amar, amar a esa totalidad de humanidad que encarnaba un pueblo, pero desgraciadamente su lenguaje, al igual que el sentir del solitario de Bonn, es abrevadero de escuálidos, ciegos a su luz, a su absorta realidad de poeta y profeta.

Ahora, meditemos unos momentos sobre el sentir de esa humanidad amada por Tolstoi. Así, pienso ante mí, qué humanidad se apresuró a rendirse ante tan ingente y exornada actitud?

¡Cuántos, cómo y por qué!

¡Cuántos le amaron! ¡Cómo le amaron! ¡Por qué le amaron!

Aún más. Hoy, en el momento actual, qué humanidad recoge floreciente y altiva ese canto de su ser y sentir?

Amar está tan unido a lo íntimo de nuestro ser que las semillas del amor se pierden, las más de las veces, a costa de un suelo macilento y pútrido.

Tolstoi amaba para sí y con todas sus fuerzas, haciendo ideal de la convivencia. Pero lo imposible de ese amor, su amor íntimo, no estaba en él sino en los demás.

Jamás podremos amarnos los unos a los otros porque la humanidad como concepto plural no tiene corazón ni merece tenerlo. Amarla es sacrificarlos en vano.

Ahora, pienso en un segundo punto de vista en torno a este amor a la humanidad. Ante nosotros es evidente una negación. Negar a Beethoven, al Dante, a Wagner, en suma al arte mismo.

Diría yo que el «cómo negaba» tiene realidad en su razón de corazón.

Ahora me pregunto el «por qué» de esa negación.

Negaba todo aquello que consideraba fuera del alcance del pueblo ruso. Negaba por temor.

Temor de todo aquello que como el arte sacude al ser desde sus más hondas raíces, imponiéndole su interino latir.

Temor a Beethoven, a Wagner, al Dante. Pero un temor hasta individual, inmanente. Un temor, nos dice Rolland, que era miedo al poderío, a la fuerza.

¡Sí y mil veces Sí! Temía a Beethoven por ser el más fuerte y reprocha al sordo inolvidable su augusto poderío.

Temía el poderío de Beethoven que arrastra nuestra voluntad. Es él. El mismo lo que somos y lo que sentimos.

¡Vivid! ¡Vivid! ¡Vivamos! ¡Vivamos! ¡Sentid lo que siente mi corazón!

¡He aquí el lenguaje de Beethoven!

El mismo Goethe reacciona furioso contra el maestro que le sujeta la voluntad.

Tolstoi teme la «violencia salvaje» del más potente de los genios.

Más, sin embargo, Tolstoi ama a Beethoven. Le ama porque siempre le sintió profundamente, si no fuese así no le conocería, ni le amaría y temería. ¡Hermosas todas las observaciones de Rolland!

Ahora, precisamente ahora es cuando comprendo el temor, ese temor de Tolstoi.

Ante nosotros se nos presenta la realidad íntima de los pueblos, de las sociedades, de los hombres.

Un pueblo es en definitiva una agrupación de hombres en el sentido más vulgar y corriente. Luego, un arte para el pueblo es igual a un arte para una agrupación de hombres simples.

Sería esto posible? Acaso el mismo arte de Tolstoi está condicionado por pueblo o los hombres cotidianos?

Acaso no es el hombre como «hombre» la más específica valorización de todas las cosas?

Acaso un pueblo, si bien con características propias como fenómeno de